8942

SOCIEDAD DE AUTORES ESPAÑOLES

La Presidenta del Supremo

O

¡SIEMPRE DE BUEN HUMOR!

COMEDIA EN UN ACTO Y EN PROSA

arreglo del francés

POR

RICARDO DE LA VEGA



MADRID
SALON DEL PRADO, 14, HOTEL
1903

18



LA PRESIDENTA DEL SUPREMO

LA PRESIDENTA DEL SUPREMO

O

¡SIEMPRE DE BUEN HUMOR!

COMEDIA

EN UN ACTO Y EN PROSA

arreglo del francés

POR

RICARDO DE LA VEGA

Estrenada en el TEATRO LARA el día 9 de Enero de 1903



MADRID

R. VELASCO, IMP., MARQUÉS DE SANTA ANA, 11 DUP.°

Teléfono número 551

1903

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
DOÑA GERTRUDIS ALEGRE (48 años)............................	SRA. VALVERDE.
DOÑA MERCEDES GOROSTARZU (25 años)..............................	SRTA. DOMUS.
JUSTINA, doncella antigua (50 años)...	CRIADO.
DON LEOPOLDO CORTÉS (30 años)..	SR. CALLE.
DON EXPEDITO MÁS (38 años)......	RODRÍGUEZ.

La acción en Madrid.—Época actual

Derecha é izquierda, las del actor

ACTO UNICO

La escena representa una habitación de la casa de doña Gertrudis, lujosamente decorada. Muebles preciosos y modernos

ESCENA PRIMERA

GERTRUDIS, mirándose al espejo y riéndose. Luego JUSTINA, por el foro con una carta

GERT. ¡Já, já, já! Me río yo sola, y doy gracias á la Providencia por las mercedes que me hace. Si no supiera por ahí todo el mundo la edad que tengo, ¿cómo habría de figurarse nadie que voy á coger el medio siglo, ó mejor dicho, que son diez lustros los que me van á coger á mí? Son muchos lustros. Es imposible que una mujer sola se defienda de diez que tratan de apoderarse de ella. Defenderse de uno sólo, ya es más fácil... cuando una quiere defenderse; ¡pero de diez á un tiempo!... ¡Já, já, já, já! La Providencia podrá aumentarme los años, pero no me quita el buen humor. Lo que más gracia me hace es que me llamen señorita, como cuando tenía veinte años; y que haya Tenorios callejeros que me sigan. ¡Já, já, já! Si algunos supieran que soy soltera, que vivo sola y que tengo veinte mil duros de renta, ¡cómo

se pondrían á pesar de los diez lustros que van á caer sobre mí!

JUST. (Saliendo por el foro.) Señorita.

GERT. Aquí está la señorita. ¿Qué hay, muchacha? (Mirándola y riéndose.)

JUST. ¡Muchacha! (Sonriendo.) ¡Siempre de buen humor! Esta carta me ha dado el portero. Dentro de media hora vendrán por la contestación.

GERT. ¿A ver? (Abriendo la carta.) Es de Leopoldo Cortés. ¡Y ya sabe mi nombre! ¿Te acuerdas de don Leopoldo Cortés?

JUST. ¿El caballero del baile?

GERT. El que quiso verme la cara creyéndome joven y bonita. ¡Já, já, já! ¡Cómo le embromé! A ver qué me dice. (Leyendo.) «¿Me perdonará usted, hermosísima Tula» ¡Uy, hermosísima! (Riendo.) «el haber faltado á la promesa que le hice de no empeñarme en conocerla? Al fin he sucumbido á mis deseos, y sé quién es usted. Dentro de poco espero ver á quien la imaginación me pinta tan encantadora.» ¡Le han embromado! ¡Por fuerza! (Riendo.) «¡Pero cuán dulce me sería que tan deseada entrevista no fuese una sorpresa para usted! ¡Cuán feliz sería yo si mereciese la dicha de poder presentarme en su casa!».

JUST. No es corto de genio.

GERT. «¿Podré esperar, Julita, que me lo permitirá usted y que no me obligará á obtener de la casualidad una dicha que para ser completa necesita la aprobación de usted?» ¡Já, já! ¡Le conquisté con la careta! Cuando me vea, ¡púm! ¡de espaldas!

JUST. ¿Pero piensa usted recibirle?

GERT. ¿Qué sé yo? ¡Puede! ¡Aunque no sea más que por ver la cara que pone!... ¿Pero sabes tú quién es este don Leopoldo?

JUST. No, señora.

GERT. El que pleitea con la señorita Mercedes: el que la va á arruinar si gana el pleito.

JUST. ¡Jesús, qué hombre tan malo debe de ser! ¡Una joven tan buena y tan linda!

GERT. Si no la conoce, ni ella á él. Como que no

ha vuelto á Madrid hasta ahora desde que se quedó viuda. ¿Me has dicho que salió esta mañana?

JUST. Y me dijo que no volvería hasta la hora de comer.

GERT. Habrá ido á casa de su abogado. ¡Si don Leopoldo la conociera!... ¡Ay, ay, ay! (Dándose tres palmadas en la frente.)

JUST. ¿Qué es eso? ¿Se pone usted mala, señorita?

GERT. No te asustes. ¡Ay, lo que se me acaba de ocurrir! ¡Ay, lo que se me acaba de ocurrir! ¿Consentirá Mercedes? ¡Sí, sí! Yo la haré consentir. ¡Ay, qué lío, Justina! ¡Ya verás qué lío!

JUST. No entiendo.

GERT. Ahora te lo explicaré. Oye, dile á Juan, que cuando vuelva el que ha traído esta carta, que se espere.

JUST. Voy.

GERT. Verás lo que nos vamos á divertir.

JUST. ¡Siempre de buen humor! (Vase por el foro.)

GERT. Cuando yo era niña, y mi padre Magistrado del Supremo, le oí decir muchas veces: «Recurso de casación.» Pues bien; ahora voy á entablar yo, no un recurso de casación, sino de casamiento, que viene á ser lo mismo, entre doña Mercedes Gorostarzu y don Leopoldo Cortés. Quiero ser más que mi padre: mi padre sólo fué Magistrado. Yo voy á ser Presidenta del Supremo. Escribamos á don Leopoldo. (Se sienta á escribir.) No me falta más que el gran collar de la justicia: pero me pondré uno de los míos, que son de brillantes y valen más. (Escribe.) «Señor don Leopoldo Cortés. Recibo su carta, y á título de viuda, no tengo inconveniente alguno en admitir su visita si usted se presenta en mi casa bajo el nombre de don Fernando de Aguilar. Razones que no son del momento, y que conocerá usted más adelante, me obligan á imponerle esta condición. Besa su mano la máscara del baile de Bellas Artes.» ¿A que viene y se anuncia como don Fernado de Aguilar? ¡Ya lo creo que viene! ¡Y

con más interés! ¡Una intriga misteriosa!... Ahora tengo que engañar á Mercedes. Ya sé lo que la tengo que decir: mi plan es excelente. ¡Oh, si yo hubiera nacido hombre, sería un autor dramático de primera fuerza!

ESCENA II

GERTRUDIS y DON EXPEDITO, por el foro

EXP. Buenos días, Tula.

GERT. Buenos, mi amigo. ¿Come usted con nosotras?

EXP. Creo que no. Hoy comeré donde pueda y á escape. Tengo entre manos un negocio que puede aumentar el capital de usted en algunos miles de duros. Si no me sale bien, me suicido.

GERT. ¡Hombre! (Riéndose.)

EXP. O por lo menos renuncio á ser su apoderado de usted, y me voy á mi pueblo.

GERT. ¿Y qué va usted á hacer en su pueblo?

EXP. Comerme mis ahorros, que no son pocos gracias á usted, y morirme de tristeza al verme lejos de esta casa donde se puede decir que he nacido.

GERT. Eso no; mi apoderado, ó sea la persona de toda mi confianza, será siempre don Expedito Más.

EXP. Servidor de usted.

GERT. Muy señor mío.

EXP. Hace veinte años que la estoy á usted viendo todos los días á todas horas. Su padre de usted (Dios le tenga en gloria), me quería mucho, ¡más que usted! Yo tenía diez y ocho años...

GERT. Sí, ya sé lo que va usted á decir: que se enamoró usted de mí á los diez y ocho años.

EXP. Precisamente. Usted era una niña...

GERT. ¡Qué había de ser una niña, hombre, si tenía treinta años!

EXP. No es verdad: tenía usted veinte y ocho años: diez más que yo.

GERT. ¿Qué más da? (Riendo.)

EXP. Ví desfilar por delante de usted una infinidad de pretendientes á su mano.

GERT. A mi dinero.

EXP. ¡Qué dinero! ¡Siempre está usted con el dinero!

GERT. Ya; como usted no ha sido nunca interesado, cree usted que los demás no lo son.

EXP. Sí, señora: yo he sido siempre interesado en una cosa.

GERT. ¿En cuál?

EXP. En el cariño de usted.

GERT. ¿Cuándo le ha faltado á usted?

EXP. El de la amistad, nunca. El otro no sé á lo que sabe.

GERT. ¿El otro? ¿El de amante? ¿El que le inspiré á usted hace veinte años?

EXP. Y el que me inspira usted ahora.

GERT. ¿Ahora? ¿A mi edad?

EXP. ¿Qué me importa la edad? Hace veinte años que se lo estoy á usted diciendo veinte veces al día. Si hiciéramos una multiplicación, no sé á lo que alcanzaría el producto.

GERT. Déjese usted de multiplicaciones que ya no son del caso.

EXP. ¡Ah, si yo fuera su marido de usted!

GERT. Pero, venga usted acá, mi querido apoderado...

EXP. No me llame usted su apoderado, porque no lo soy de usted.

GERT. ¡Pues, bien, señor don Expedito Más!...

EXP. No me llame usted Expedito, ó déjeme usted el caminó *expedito* para llegar á usted.

GERT. Pues le diré á usted Más.

EXP. ¿Más? ¿que la quiero á usted más de lo que la quiero?

GERT. ¡Ay, hijo! Pues ya no sé cómo llamarle á usted.

EXP. *Hijo tampoco*; porque tengo treinta y ocho años, y no puedo ser hijo de usted.

GERT. Pues es usted una criatura.

EXP. Sí; algo desarrollada.

GERT. Y una criatura no puede vivir con una vieja.

EXP. Bueno; pues vieja y todo, ¿por qué no había usted de llamarse en lugar de Gertrudis Alegre, á secas, Gertrudis Alegre de Más?

GERT. Porque ya soy *alegre de más* según dicen por ahí.

EXP. ¡Es verdad! ¡Siempre de buen humor!

GERT. Y usted siempre triste y lloricón. Ya sabe usted que en tantos años, si alguna vez hubiera pensado en casarme habría sido con usted.

EXP. ¡Cuántas conozco yo que se han casado después de los cuarenta!...

GERT. A mí me sobran ocho.

EXP. Yo cargo con ellos.

GERT. Pues mire usted; si en el tiempo que me falta para cumplir diez lustros me decido á casarme, usted será mi marido.

EXP. ¿Y por qué aguardar dos años?

GERT. Porque necesito ese tiempo para hacerme el equipo de boda.

EXP. ¡Ay, Dios mío! ¡Siempre de buen humor!... ¡y yo rabiando!

GERT. No sea usted tonto y vamos á otra cosa. (Dándole la mano cariñosamente.) Necesito de usted.

EXP. Pues aquí estoy.

GERT. Para una intriga.

EXP. ¿Para una intriga?

GERT. Sí. ¿Conoce usted á don Leopoldo Cortés?

EXP. Mucho. ¿Pero no es ese el que pleitea con Merceditas?

GERT. El mismo.

EXP. No está en Madrid.

GERT. Sí está. Le ví la otra noche en el baile de máscaras de Bellas Artes, y se enamoró de mí.

EXP. ¿Eh, qué tal? Y luego dirá usted que es vieja.

GERT. ¡Si no me vió la cara, hombre! (Riéndose.) Le enamoré con la conversación: embromándole.

EXP. ¡Ya! ¡Estaría usted expresiva! ¡insinuante!...

GERT. Mucho, mucho. Pues ha de saber usted que va á venir.

EXP. ¿Quién?
GERT. Don Leopoldo Cortés.
EXP. ¿Que va á venir?
GERT. Me ha pedido permiso para visitarme y se lo he concedido. Así se lo digo en esta carta.
EXP. ¡Dios de Dios!
GERT. Pero, no es don Leopoldo el que va á venir.
EXP. ¿Cómo?
GERT. Es otro.
EXP. ¿Otro?
GERT. ¿Conoce usted á don Fernando de Aguilar, diputado á Cortes y futuro ministro de Gracia y Justicia?
EXP. Sí le conozco: ¿pero qué significa todo esto?
GERT. Don Leopoldo es don Fernando; y don Fernando es don Leopoldo.
EXP. ¡Lléveme el diablo si lo entiendo!

ESCENA III

DICHOS, JUSTINA, y en seguida MERCEDITAS, por el foro las dos

JUST. Señorita, vienen por la contestación.
GERT. Toma, dásela. (Da la carta á Justina.)
JUST. Aquí está la soñorita Mercedes. (Vase por el foro.)
GERT. ¿Mercedes? Sea usted discreto y no diga una palabra delante de ella.
EXP. ¿Pero qué he de decir si no estoy enterado?
GERT. Ya se irá usted enterando. (A Mercedes que ha salido.) ¿Qué tal? ¿Traes buenas noticias?
MERC. Buenos días, Mas.
EXP. Buenos días, Merceditas.
MERC. Nunca he pasado una mañana más incómoda. ¡Tantas visitas! ¡Tantas diligencias inútiles! ¡Ay, Dios mío! Este desgraciado pleito me va á quitar la vida.
GERT. ¿Y qué dicen los abogados?
MERC. ¿Hay acaso quien los pueda entender? Unos me dan esperanzas, tal vez demasiado lisonjeras; otros, me las hacen perder enteramente. ¡Si yo contara con alguna persona

que se interesase por mí, de verdadera influencia, y que hiciera ver al Tribunal la razón que me asiste... ¡Ay! ¡Mi querida Tula! Si don Leopoldo gana el pleito, me arruino del todo. (Pausa.) ¡Don Leopoldo! ¡Hasta su nombre aborrezco!

GERT. ¿Quién sabe? Más: luego hablaremos de aquel asunto. Espéreme usted en el escritorio.

EXP. Hasta luego, señoras. (¿Qué farsa habrá inventado?) (Vase por el foro.)

GERT. Estaba deseando que vinieras.

MERC. ¿Pues qué?

GERT. Oyeme. La persona de influencia que echas de menos para que recomiende tu pleito al Tribunal, la tengo yo.

MERC. ¿Usted? (Muy alegre.)

GERT. Escucha. Lo que te voy á decir tiene dos partes. Primera: ¿conoces á don Fernando de Aguilar, abogado de gran prestigio y próximo á ser ministro de Gracia y Justicia?

MERC. De oidas. ¡Ah! ¡Si yo le conociera y le pintara mi situación!

GERT. Le conocerás.

MERC. ¿Cómo?

GERT. Espera; ahora va la segunda parte; prepárate si no quieres dar un salto hasta el techo. ¿Estás preparada?

MERC. No la entiendo á usted. (Sonriendo.)

GERT. Pues allá va. Don Fernando está enamorado de mí.

MERC. ¿Eh? (Haciendo un movimiento de sorpresa.)

GERT. No saltes, Merceditas. (Poniéndole las manos en los hombros.)

MERC. ¿Le conocía usted?

GERT. De vista. Es joven, guapo, elegante y muy comedido en materias de amor. Lo encontré la otra noche en el baile de Bellas Artes. Le embromé, le interesé, le volví loco: estaba yo inspirada esa noche.

MERC. Como siempre.

GERT. Se empeñó en que me quitara la careta: ¡figúrate tú si me la quito! ¡Se arma el gran escándalo en el baile!

MERC. ¡Qué disparate! (Riendo.)

GERT. Pues bien: ha averiguado mi nombre no sé cómo; me ha pedido permiso para visitarme, y se lo he concedido.

MERC. ¿La va á ver á usted?

GERT. No, te va á ver á tí.

MERC. ¿A mí? (Sorprendida.)

GERT. Tú vas á ser Gertrudis Alegre, y yo una amiga tuya que vive contigo.

MERC. ¡Pero Tula, eso es imposible!

GERT. ¡Tonta! ¿qué sabe él? Si le enamoraste con la careta, ¿qué será cuando te vea tan joven y tan linda?

MERC. ¡Por Dios! (Bajando la cabeza.)

GERT. ¿No ves que si me presento yo diciéndole quién soy y le pido su influencia para el Tribunal, me envía á los Tribunales por desacato á la moral pública?

MERC. ¿Pero qué cosas se le ocurren á usted!

GERT. Le verás á tus pies, tierno, rendido; y ó no hay justicia en el Supremo ó ganas el recurso de casación y te casas con él.

MERC. ¡Qué locura! ¡Si yo tuviera el talento de usted!...

GERT. ¿Vas á permanecer viuda toda la viuda? Tu marido contaba tres veces más edad que tú. ¿Vas á llegar á vieja como yo, sin saber lo que es un marido joven, honrado y cariñoso?

MERC. ¿Y usted, por qué no se ha casado?

GERT. Porque me gusta la libertad. Ya ves, ahí tienes á Expedito que me está pretendiendo hace veinte años y es bueno como el pan. Pero si ahora me casara con él, sería á cencerros tapados.

MERC. ¿Por qué?

GERT. Por evitar la cencerrada. Conque prepárate, porque Aguilar vendrá de un momento á otro.

MERC. Pero, ¿cómo quiere usted que yo haga eso? ¿No ve usted que va á hablarme de amor?

GERT. Pues le contestas. Todas las mujeres saben hablar de estas cosas.

MERC. En la voz conocerá que no soy yo la máscara del baile.

GERT. ¡Tonta! Si yo fingía divinamente...

MERC. ¡Ni tenemos el mismo cuerpo!

GERT. Con el dominó todas somos iguales.

MERC. Yo me arriesgaría, pero...

GERT. Aguilar va á ser tu salvación.

JUST. (Saliendo por el foro.) Señorita, desea ver á usted un caballero que se llama don Fernando de Aguilar.

GERT. Ahí le tenemos. Ea, ánimo. Yo estoy á la mira. Si te veo apurada, salgo, me meto en la conversación y lo arreglo todo.

MERC. ¡Por Dios!

GERT. ¡Calla, simple! (A Justina.) Que pase ese caballero. (Vase Justina por el foro.) Ya verás, ya verás. (Vase por la primera derecha.)

ESCENA IV

MERCEDES y DON LEOPOLDO CORTÉS, que sale por el foro

MERC. ¡Qué locura! Si me hace una declaración de amor, ¿qué le contesto? ¿Ni cómo interesarle, así, de repente, en el asunto de mi pleito? ¡Estoy temblando!... ¡Ya está aquí!

LEOP. (Presentándose.) Tal vez abuso con demasiada prontitud de la bondad de usted; pero la impaciencia en que me hallaba disculpa mi indiscreción. Ya ve usted que he obedecido sus órdenes, y que se presenta en su casa de usted, ansioso de conocerla y admirarla, don Fernando de Aguilar. (Pausa.) (¡Es divina!)

MERC. Yo debo felicitarme de que una curiosidad tan natural (Cortada.) me proporcione el gusto de conocer á usted.

LEOP. ¿Cree usted que sólo la curiosidad ha podido dictarme esta determinación?

MERC. Sin duda; porque siempre se desea conocer á la persona con quien se ha tenido broma en un baile de máscaras. El misterio ofrece algo de interesante. Siempre nos formamos una idea demasiado lisonjera de la perso-

na que hemos visto disfrazada. La imaginación se excede...

LEOP. Por mucho que se haya excedido la mia, no ha podido acercarse á la realidad. La noche que tuve la fortuna de encontrar á usted en el baile, me encantó la elegancia de usted y la dulzura de su voz que ahora reconozco perfectamente, aunque entonces tuvo usted buen cuidado en fingirla.

MERC. ¡Ah! ¿Usted reconoce mi voz? (Sonriendo.)

LEOP. La hubiera reconocido entre mil. Seducido por los atractivos que usted en vano trataba de ocultar, la imaginación, como usted acaba de decir, suplía el resto. Yo me figuraba unas facciones muy parecidas á las de usted: pero, sin embargo, les faltaba esta gracia, esta expresión que ahora veo y admiro.

MERC. De ese modo, si usted me hubiera encontrado por casualidad en cualquier parte, ¿cree usted que me hubiera reconocido?

LEOP. ¡Oh! ¡Sin duda alguna! Y eso, que la persona que me ha informado acerca de usted, ha querido embromarme.

MERC. ¿Pues cómo?

LEOP. Me dijo que era usted soltera y guapa, pero no joven. En cuanto á lo de soltera, usted me dice en su carta, que me recibe á título de viuda.

MERC. Así es la verdad.

LEOP. En punto á belleza....

MERC. Dejemos eso á un lado.

LEOP. Y como juventud...

MERC. Eso sí; soy joven.

LEOP. ¿Cuánto tiempo hace que es usted viuda?

MERC. Cinco años. Tenía yo veinte cuando murió mi marido. (Pausa.)

LEOP. Y de entonces acá, ¿no ha vuelto usted á amar á nadie? (Mirándola extasiado.)

MERC. Esa pregunta... (Cortada.)

LEOP. Perdone usted; pero si supiera hasta qué extremo me siento interesado...

ESCENA V

DICHOS y GERTRUDIS, por la primera derecha

GERT. Tulita... ¡Ah! ¡perdonen ustedes!.. (Fingiéndose sorprendida.) No quiero interrumpir...

MERC. No, no se vaya usted. Tengo el gusto (A Leopoldo.) de presentar á usted á mi amiga, la señorita doña... (¡Qué nombre diré!) (Turbada.)

GERT. Petronila .. Marín. (Mi segundo apellido.)

LEOP. Muy señora mía.

GERT. Pero todo el mundo me conoce por *Tola.* Las Petronilas son *Tolas,* como las Gertrudis son *Tulas.* De modo, que ésta y yo somos *Tula* y *Tola.* Cuando vamos juntas y nos saluda alguno, nos confundimos; porque unos dicen: adiós, *Tola*; y otros: adiós, *Tula*; y se arma un *Tola Tula, Tula Tola,* que tiene mucha gracia.

LEOP. Sí, perfectamente.

MERC. Este caballero es el señor don Fernando de Aguilar.

GERT. ¿Agüilar? ¿Don Fernando de Aguilar? ¡Qué sorpresa!... ¡No hay duda! ¡Usted es hijo de Aguilar!...

LEOP. Tal creo, señora... (Sonriendo.)

MERC. (¡Qué serenidad!)

GERT. Su padre de usted era íntimo amigo y compañero del mío. Fueron magistrados juntos.

LEOP. ¡Ya!... ¡Sí!... (Confuso.)

GERT. Tengo cartas y documentos de su padre de usted, que valen un tesoro. No es extraño que usted y yo no nos hayamos conocido hasta hoy; porque desde que me quedé huérfana, he vivido casi siempre fuera de Madrid.

LEOP. ¡Ya!... ¡Es claro!...

GERT. ¿Y su tío de usted, vive todavía?

LEOP. (¡No sé qué decirla!) No, señora; murió.

GERT. ¡Cuánto lo siento!

MERC. (¡Jesús, Ave María!)

GERT. ¡Pero usted sí que hace carrera! ¡Tan joven, y ya indicado para ser ministro de Gracia y Justicia!

LEOP. (¡Anda! ¡Yo ministro!)

GERT. Lo dicen todos los periódicos.

LEOP. ¡Sí; pero la política da tantas vueltas!...

GERT. Pues ya que una feliz casualidad me proporciona el gusto de conocer á usted, quiero que seamos tan amigos como lo fueron nuestros padres.

LEOP. Será una honra para mí.

GERT. Desde este momento está usted en su casa. ¿Verdad, Tulita?

MERC. ¿Y cómo no?

LEOP. (¡Qué dicha!) Tanta bondad me confunde...

GERT. Nada, nada. El fraternal cariño de nuestros padres, debe renacer en los hijos. (Dándole la mano que el estrecha afectuosamente.) Pues venía á decirte que me escribe Laura para que no la esperemos á comer, porque tiene jaqueca; y que ni ella ni Ramón podrán acompañarnos al teatro esta noche.

MERC. ¡Qué fastidio!

GERT. Me contraría de veras; porque, ¿cómo vamos á ir solas? ¡Ah! ¡qué idea!... Aguilar; ya que somos amigos, aunque de poco tiempo, (Riéndose.) ¿tiene usted inconveniente en comer con nosotras y acompañarnos luego al teatro?

LEOP. Ninguno, señora.

MERC. (¡Ay, qué atrevimiento!) Pero, el señor tendrá sus ocupaciones...

LEOP. Ninguna absolutamente: y si las tuviera, las dejaría gustoso por el inesperado placer con que ustedes me brindan.

GERT. ¡Viva! .. Amable, complaciente, expresivo. ¡Pero, cómo se parece usted á su padre! ¡Si es usted su vivo retrato!

LEOP. Sí; eso dicen por ahí. (¿Cómo sería mi padre?)

GERT. Dejo á ustedes un momento. Voy á ver el traje que me ha enviado la modista. Se me figura que no me va á gustar. Hasta ahora.

(Escucharé lo que la dice.) (Vase por la primera derecha y se pone á escuchar detrás de la cortina, de modo que el público la vea.)

ESCENA VI

MERCEDES, LEOPOLDO y GERTRUDIS, detrás de la cortina

MERC. Es muy amable.

LEOP. Así parece.

MERC. Muy elegante; muy guapa.

LEOP. No me he fijado mucho.

GERT. (Gracias.)

LEOP. Pero, de todos modos, debo estarle muy agradecido. A no ser por ella, hubiera tenido que dejar á usted muy pronto, y ahora podré pasar algunas horas á su lado de usted. Pero, si mal no recuerdo, su llegada vino á interrumpir nuestra conversación. Me parece que estábamos en una pregunta que yo le hacía á usted.

MERC. Y á la cual no quería yo contestar.

LEOP. Sin duda era algo atrevida; pero, acuérdese usted de que nuestra amistad no empieza hoy. Tendré un gran sentimiento si ha olvidado usted nuestras conversaciones del baile. Yo las tengo todas presentes.

MERC. Yo, por mi parte, confieso que no me acuerdo de ninguna.

GERT. (Lo creo, ¿cómo te has de acordar?)

LEOP Sin embargo, una cosa he notado.

MERC. ¿Cuál?

LEOP. Con la máscara demostraba usted una extraordinaria viveza.

GERT. (Como que era yo, simple.)

MERC. ¿Y me encuentra usted ahora menos viva?

LEOP Sí, señora. Entonces me hablaba usted casi á un tiempo de mil cosas distintas. Pero lo lo que más me agradaba eran las ocurrencias felices que tenía.

GERT. (Como que tengo mucho talento.)

MERC. No siempre se conserva el mismo buen humor.

LEOP. Es verdad. Ahora, vamos á otra cosa. Ya ve usted que se ha presentado á visitarla don Fernando de Aguilar. Pues bien, ¿quiere usted explicarme el contenido de su carta? ¿Por qué me impone usted aquella condición para venir á verla?

MERC. (¡Ay! ¿qué condición será?) Yo... usted debe comprender que muchas veces las... las... las conveniencias sociales...

LEOP. Pero, ¿qué conveniencias?...

GERT. (¡Vaya, hay que salir otra vez!) (Saliendo de repente.) ¡Jesús, qué demonio de modista! ¡Perdonen ustedes!

LEOP. (¿Otra vez?)

GERT. ¡Hija, qué vestido me ha sacado!... ¡Imposible! ¡Vamos, imposible!

MERC. ¿Pues qué tiene?

GERT. Un cuerpo más largo que un pleito, que no se acaba nunca. Bien están los cuerpos largos, porque así se llevan; ¡pero, si este no sé dónde me va á llegar!

MERC. ¿Se lo ha probado usted?

GERT. No; quiero que me lo veas puesto. Es imposible que yo vaya al teatro esta noche con ese vestido. Aguilar, ¿nos permite usted diez minutos?

LEOP. ¿Cómo no, señora?

GERT. Ya ve usted que le tratamos con toda confianza.

LEOP. Así debe ser: y yo á mi vez pido á ustedes permiso para ir un momento á mi casa, y dentro de un cuarto de hora estoy de vuelta.

GERT. Sí, sí; vaya usted donde guste.

LEOP. En ese caso, hasta ahora.

MERC. Hasta ahora.

GERT. ¡Jesús que demonio de modista!

MERC. (A Gertrudis aparte.) ¡Ya no sabía qué decir!...

GERT. (¡Por eso he salido!) ¡Jesús qué demonio de modistas! ¡Es el último vestido que me hace! (Vanse las dos por la primera derecha.)

ESCENA VII

LEOPOLDO. Luego EXPEDITO por el foro

LEOP. ¡Qué hermosa! Nada, nada; estoy perdidamente enamorado, y si, como creo, me corresponde, me caso con ella.

EXP. (Aquí tenemos á Leopoldo. ¡Ay, Dios mío! ¿qué será esto?)

LEOP. ¡Expedito!

EXP. ¡Leopoldo! ¿Desde cuándo en Madrid?

LEOP. Hace quince días, poco más ó menos; pero he gastado el tiempo en mil diligencias. Mucho celebro que la casualidad nos junte aquí.

EXP. No sabía yo que tú vinieses á esta casa.

LEOP. Hoy vengo por la primera vez, pero no me llames Leopoldo.

EXP. ¿Cómo?

LEOP. En esta casa me llamo don Fernando de Aguilar.

EXP. ¿Y por qué? (Voy á saberlo todo.)

LEOP. Lo ignoro hasta este momento. Tula lo ha exigido así. Tú no sabes mi aventura: ¡es delicioso!

EXP. ¡Cuéntame, cuéntame!

LEOP. En cuatro palabras, porque tengo que salir y volver. Tú eres mi amigo y fío en tu discreción. Has de saber que yo encontré á Tula en el baile de Bellas Artes. Trabamos conversación y fuí bien recibido. Quise saber quién era y se negó á darse á conocer: pero yo, á pesar de su resistencia, averigüé quién es; le escribí esta mañana pidiéndole permiso para visitarla, y aquí tienes la respuesta. (Dándole la carta que escribió Gertrudis.)

EXP. (Después de leer.) (No hay duda.) Pero ¿qué motivos podrá tener para hacerte cambiar de nombre?

LEOP. Ahora me lo iba á decir cuando vino á interrumpir nuestra conversación su amiga Tola.

EXP. ¿Tola? (¿Quién será Tola?)

LEOP. Sí: su amiga; la que vive con ella.

EXP (¡Ay, qué lío!) ¡Sí; ya, ya!

LEOP. Tú que la conoces puedes juzgar si su presencia ha debido aumentar mi amor. ¡Y me habían dicho que era vieja! ¡Qué ha de ser vieja!

EXP. ¿Verdad que no? ¡Qué ha de ser vieja, si está hecha una manzana!

LEOP. Que no sabía hablar más que con careta, y tiene un talento superior.

EXP. ¿Verdad que sí? (Emocionado)

LEOP. ¡Que no me haría caso, y he leído en sus ojos la profunda simpatía con qué escuchaba mis palabras!

EXP. ¿De veras? ¿Te miraba mucho? ¿Te respondía emocionada?

LEOP. No sabía disimularlo.

EXP. ¿De modo que la has conquistado?

LEOP. Sin vanidad, creo que sí.

EXP. Pues, nada, chico, adelante, (Queriendo disimular su pena) ¡tú eres joven... más joven... mas joven que yo. .! ¡Eres guapo! ¡Ya lo creo! ¡Más guapo que yo! ¡Te sobra el dinero! ¡En fin, lo tienes todo; no te falta nada!

LEOP. Nada, más que casarme con ella, y me caso.

EXP. ¡Bravo! (Esta tarde me muero.) (Compungido.)

LEOP. ¿Qué tienes?

EXP. ¡Nada, que me escuecen los ojos; estoy un poco constipado!...

LEOP. Ea, pues me voy para volver en seguida. Me han convidado á comer y esta noche las acompañaré al teatro. ¿Tú estarás aquí cuando yo vuelva?

EXP. Creo que sí.

LEOP. Pues hasta luego, mi querido Expedito.

EXP. Hasta... luego .. mi querido... Leopoldo.

LEOP. Te agradezco en el alma la parte que tomas en mi felicidad.

EXP. ¡Mucha! ¡mucha!...

LEOP. Adiós. (Vase por el foro.)

ESCENA VIII

EXPEDITO, luego MERCEDES por la primera derecha

EXP. ¡Expedito!... ¡Ya te han expedido el pasaporte! ¡Ya tienes expedito el camino de tu pueblo! ¡Vete allí y muérete de rabia, de celos, de tristeza, ó de lo que te dé la gana!... ¿Pero, por qué le habrá exigido que cambie de nombre? ¿Y qué me importa? ¡Ella le quiere y se casará con él!... ¡Quién me hubiera dicho hace veinte años, que me iba á quedar para vestir imágenes!... Me acuerdo de una noche... ¡qué noche!... ¡en el jardín!... ¡Era yo casi un niño!... ¡Ella sentada en una mecedora, y yo en el suelo á sus piés!... ¡La luna jugaba con nosotros apareciendo y ocultándose; ocultándose y apareciendo!... Yo aproveché una de aquellas ocultaciones... ¡la dí un beso en la mano! ¡Lo que pasó por mí en aquel instante!... (Con vehemencia.) ¡Lo qué yo sentí!... ¡Qué bofetón me dió!... Desde entonces la he dicho mil veces que la quiero; pero sin propasarme tanto así. ¡Qué honrada ha sido siempre! ¡Ah, Leopoldo, Leopoldo! ¡Qué feliz vas á ser! ¡Y si te llevaran doscientos pares de demonios, qué dichoso sería yo! Esto ha concluído. Vamos á hacer el balance del año; á entregar las cuentas y al pueblo. ¿Pues no estoy llorando como cuando me daban azotes? (Secándose las lágrimas.)

MERC. (Saliendo.) ¿Qué tiene usted?

EXP. Nada, Merceditas, nada. ¡Que me voy de esta casa!

MERC. ¿Que se va usted?

EXP. Sí, señora. Mi persona al frente de los negocios de Tula, es ya enteramente inútil. Y como la supongo á usted enterada mejor, que yo de todo lo que ha ocurrido en estos últimos días, comprenderá usted que no puedo seguir aquí. Tula va á tener su apoderado... en el doble sentido de la palabra, y yo sobro.

MERC. No le entiendo á usted.

EXP. Por Dios, Merceditas, ¿se hace usted de nuevas conmigo? Demasiado sabe usted lo que pasó en ese maldito baile de máscaras entre Tula y don Leopoldo Cortés.

MERC. ¿Qué dice usted de don Leopoldo Cortés?

EXP. ¿Pero lo ignora usted de veras?

MERC. En absoluto.

EXP. Pues entonces permítame usted que no la diga una palabra, porque Tula me encargó que fuese discreto.

MERC. No, no; hable usted. ¿Por qué suena aquí el nombre de don Leopoldo? ¿No sabe usted que ese hombre es el que pleitea conmigo hace cinco años?

EXP. Sí, señora; pero eso no quita que Leopoldo sea el pretendiente de Tula.

MERC. ¿Cómo? (Sorprendida.)

EXP. No me haga usted decir más, porque Tula me encargó que fuese discreto.

MERC. No, no; dígamelo usted todo.

EXP. ¿Para qué, si usted no puede ignorar que don Leopoldo se enamoró de ella en el baile, la pidió permiso para visitarla y ella se lo concedió exigiéndole que se presentara bajo el nombre de don Fernando de Aguilar.

MERC. ¡Dios mío! ¿De modo que ese caballero que me ha visitado no es Aguilar?

EXP. ¿Qué quiere usted que yo le diga? Es don Leopoldo Cortés, amigo mío, y su contrario de usted en el pleito.

MERC. ¡Ah! ¡Qué vergüenza! ¡Tula me ha engañado!...

EXP. ¿Eh? ¿Qué está usted diciendo?

MERC. Que he sido objeto de una broma que me puede salir muy cara.

EXP ¿De una broma?

MERC. Sí, amigo mío, sí. No tiene Tula otra disculpa que el noble propósito de terminar este ruinoso pleito: pero me ha colocado en una situación ridícula. ¿Qué dirá de mí don Leopoldo cuando sepa quién soy? ¡Me despreciará! ¡Me tendrá por una mujer intrigante y de baja esfera!

EXP. No la entiendo á usted.

MERC. Digo, que soy yo quien con el nombre de Tula ha recibido á ese supuesto don Fernando.

EXP. ¡Ay, me voy á poner malo! (Queriendo contener su alegría) De manera que... ¿es á usted á quien ha visto?

MERC. A mí misma.

EXP. ¿Y con usted ha hablado?

MERC. Conmigo.

EXP. ¿Y es á usted á quien ama?

MERC. ¿Que me ama?

EXP. ¡La adora á usted!... El mismo me lo ha dicho.

MERC. ¿Cómo? ¿Han hablado ustedes de?...

EXP. ¡Le digo á usted que la adora! ¡Ay, Mercedes!.. ¡Ay, mi buena amiga! ¡Quiérale usted! ¡Quiérale usted y cásese usted con él lo más pronto posible!

MERC. ¡Casarme! (Algo conmovida.)

EXP. ¿Y por qué no? Así terminan ustedes el litigio. Es una boda de conveniencia, si las hay: y ya que también se junta el amor...

MERC. ¿Y quién le ha dicho á usted que yo le amo?

EXP. ¡Usted le amará! ¡Usted le amará! Leopoldo es tierno, consecuente, honrado... ¡Ah! Le conozco hace muchos años, y puedo responderle á usted de su corazón y de su carácter. En fin, no puede usted hacer una cosa mejor. Voy á ver á Tula.

MERC. Eh, poco á poco: no quiero que usted le diga que yo sé lo que pasa.

EXP. ¿Y por qué razón?

MERC. No sé, pero... ella ha querido divertirse conmigo, y yo también quiero divertirme con ella. Además, cuando sepa don Leopoldo que se han estado burlando de él...

EXP. No tema usted que se ofenda por eso. ¡Si la ama á usted!

MERC. ¿Que me ama? ¿No fué Tula con quien primero habló en el baile?

EXP. ¿Y qué, si es usted á quien ha visto? Nada, nada, voy á ver á Tula, pero no le diré una palabra. ¡Ay, cómo va á descansar mi espí-

ritu! ¡Cásese usted con él, Merceditas, cásese usted con él! Yo soy Expedito: el santo á quien ustedes piden las cosas urgentes. Pues bien; como urge que este pleito se termine cuanto antes, yo voy con toda urgencia á preparar el expediente matrimonial.

MERC. ¿Qué dice usted?

EXP. Perdóneme usted; no sé lo que me digo. Antes me ahogaba el sentimiento y ahora me ahoga la alegría. ¡Ay, Tula de mi vida, de mi alma y de mi corazón!... Todavía puedo ser tu apoderado en toda la extensión de la palabra. (Vase por la primera derecha.)

ESCENA IX

MERCEDES. Luego LEOPOLDO por el foro

MERC. ¿Qué va á pensar don Leopoldo de mí ..? Nnnca creerá que yo he sido engañada antes que él. ¡Siento un desasosiego! Si él ha manifestado quererme, es porque me tiene por su desconocida del baile. Tula, con su viveza y su talento, ha hecho la conquista, y cuando él salga de su error, la preferirá. Sin embargo, la diferencia de edad... ¡Qué tontería! ¡Ilusiones irrealizables!... En mí verá siempre á la mujer que pleitea, y nada más. ¡Aquí viene! Se acerca el momento del desengaño.

LEOP. (Presentándose.) Cumpliendo lo ofrecido, señora mía, aquí estoy por segunda vez. No esperaba tener la dicha de encontrar á usted sola. Aquí dejé á mi amigo Expedito Más.

MERC. Ha salido un momento. ¿Con que usted conoce á Expedito?

LEOP. Sí, señora, mucho. ¿El viene aquí con frecuencia?

MERC. Todos los días; como es el apoderado de Tula...

LEOP. ¿De usted?

MERC. No, no. (Con viveza.) De mi amiga.

LEOP. Ya; de Tola ha querido usted decir.

MERC. Eso es; de Tola. Vale mucho Expedito: es

muy bueno, muy cariñoso, muy honrado. Es, en fin, un hombre que haría feliz á cualquier mujer.

LEOP. ¡Ay, ay, ay, ay! (Vaya, mejor quiero saberlo todo.)

MERC. ¿Parece que está usted inquieto?

LEOP. Lo estoy en efecto. Temo hacer á usted una pregunta que tal vez juzgue indiscreta.

MERC. ¿Por qué? Hable usted.

LEOP. Pues bien; no soy curioso, pero un interés grande es el que dicta mis palabras. Expedito, como usted acaba de decir, es bueno, consecuente, cariñoso, y sin duda alguna, no habrá podido ver á usted con indiferencia. ¿Habrá tenido la dicha de agradar á usted?

MERC. ¿A mí?

LEOP. A usted.

MERC. Nuestro amigo Expedito no creo que haya pensado jamás en mí, y yo, puedo jurar á usted que sólo siento por él una sencilla y franca amistad.

LEOP. ¿De veras?

MERC. De veras.

LEOP. (¡Respiro!) ¿Y siendo usted tan joven, piensa usted condenarse á una eterna viudez?

MERC. Además del peligro que ofrece un segundo matrimonio, puede ser que dentro de poco tiempo una razón más poderosa me obligue á permanecer viuda toda mi vida. Mi fortuna depende exclusivamente de un pleito que puedo perder. ¿Quiere usted que busque un nuevo marido para hacerle partícipe de mi ruina?

LEOP. ¡Ah! ¡Cuán feliz sería el que pudiera repararla! Si fuera yo el afortunado cuya mano se dignase usted aceptar, desearía en el alma que perdiese usted su pleito.

MERC. Esa generosa suposición...

LEOP. No, señora, no es suposición. En fin, usted castigará mi atrevimiento; me negará su presencia, pero no puedo ocultarlo más. Yo estoy locamente enamorado de usted. Mi mayor felicidad sería obtener su mano. Usted sabe cuál es mi nacimiento; mi fortuna

es considerable, y dentro de poco va á aumentarse por la sentencia de un pleito...

MERC. ¡Ah! ¿También tiene usted un pleito?

LEOP. Sí, señora; un pleito seguro. Todos los abogados me lo han dicho. Para terminarlo querían hacerme casar con la mujer que pleitea conmigo; una doña Mercedes Gorostarzu.

MERC ¿Doña Mercedes Gorostarzu, dice usted?

LEOP. Sí, señora; una mujer que vive allá, enterrada en el fondo de la Vizcaya; pero gracias á Dios, lo rehusé.

MERC ¿La conoce usted?

LEOP. Nunca la he visto.

MERC. ¿Según eso, le han hablado á usted mal de ella?

LEOP. No, señora; pero se me ha figurado que debe de ser fea, sin talento, sin gracia, sin más conversación que el maldito vascuence; en fin, una de esas mujeres á quienes no se puede amar.

MERC ¡Qué prevención!... Yo le puedo asegurar á usted que doña Mercedes no se parece en nada á la que usted pinta.

LEOP ¿Cómo? ¿Usted la conoce?

MERC Mucho. Sé que tiene cualidades apreciables; sin duda no es perfecta; pero, ¿quién puede decir que lo es? Su marido era hombre de talento y de ilustración, y había vivido muchos años en la corte. ¿Puede usted creer que teniendo dónde elegir hubiera ido á prendarse de una criatura tan tonta y tan sin gracia como usted se figura? Crea usted que debe hacerse más justicia á una mujer que durante cinco años hizo la felicidad de un marido que tenía tres veces más edad que ella, y á quien sólo se unió por obediencia. Ella tiene su amor propio; sabe que le ofrecieron á usted su mano, y está muy resentida.

LEOP. Mi conducta no ha debido agraviarla, pues sabe que no la conozco. Espero que perdonará usted mi ligereza. Yo ignoraba que fuese amiga de usted.

MERC. Yo he sido la que se ha exaltado un poquillo. ¡Como los hombres son tan inconsecuentes!...

LEOP. Pero ella quedará bien vengada si me causa el sentimiento de haber desagradado á usted.

MERC. Mejor será que ella misma se vengue. Quiero que la conozca usted.

LEOP. ¿Para qué?

MERC. ¡Quién sabe si le parecerá á usted hermosa, discreta!...

LEOP. Puede que lo sea: ¿y qué?

MERC. Que es fácil que se enamore usted de ella y terminen su pleito.

LEOP. Aunque estuviera para perderlo y toda mi fortuna dependiese de él, jamás lo rescataría á ese precio.

MERC. Ya le he dicho á usted que si pierdo el mío, me veré enteramente arruinada.

LEOP. No lo perderemos los dos.

MERC. Y si la suerte me abandona, estoy decidida á no volverme á casar.

LEOP. Yo procuraré convencerla á usted, ó me quedaré siempre soltero.

MERC. ¿Sin saber si doña Mercedes le conviene á usted ó no?

LEOP. No, señora, no me conviene.

MERC. Pero, al menos, espere usted á conocerla.

LEOP. ¡Vaya, ha aumentado usted á lo sumo mi antipatía hacia esa mujer! ¡Ahora la aborrezco!

MERC. ¿Está usted seguro?

LEOP. ¿Cómo si estoy seguro?

MERC. ¿Pero, y si acaso hubiese usted visto ya á doña Mercedes sin conocerla?

LEOP. ¿Qué dice usted?

MERC. ¿Si fuese esta amiga mía, que vive conmigo?

LEOP. ¿Cómo? ¿Tola?

MERC. No es Tola: es la propia doña Mercedes Gorostarzu.

LEOP. ¿Esta señora?

MERC. Esta señora.

LEOP. ¿Y usted para arreglar nuestras desavenencias?... Pues, bien: para probarle á usted que

no en vano lleva el título de amiga suya, desde este momento pongo en manos de usted mis intereses y los suyos. Usted será nuestro juez. Sea cual fuere el arreglo que usted proponga, suscribo á él de antemano. No seguiré mi pleito, pero tampoco me casaré con ella.

MERC. Sin embargo, usted cree que la justicia está de su parte...

LEOP. No importa: yo firmaré cualquier cosa excepto un contrato matrimonial.

MERC. Entonces... Pero, aquí viene.

ESCENA ULTIMA

DICHOS, TULA y EXPEDITO por la primera derecha

MERC. Amiga mía: no podía usted venir más á tiempo. El señor don Leopoldo Cortés, pues ya debo decir su verdadero nombre, noticioso de la intimidad que tengo con doña Mercedes Gorostarzu, me ofrece transigir el pleito á satisfacción de ambas partes.

GERT. ¡Ah! ¿Ya se acabó todo? ¡Bravo! ¡Muy bien! He aquí mi obra. Y como supongo que la transacción será casándose usted con doña Mercedes, señor don Leopoldo Cortés, ¡he aquí mi mano! (Alargándosela.)

LEOP. Perdóneme la supuesta Tola, y no se ofenda por lo que la voy á decir.

GERT. ¿Eh? ¿Me va usted á demandar por ursurpación de estado civil?

LEOP. Nada de eso; voy á hablarla á usted con el corazón en la mano. Su talento de usted, su belleza...

GERT. Y mis pocos años. (Riéndose.)

LEOP. Eso no importa; no bastan á torcer las inclinaciones de mi corazón. Yo amo á la máscara del baile de Bellas Artes.

GERT. Bueno, sí; á la supuesta Tula, pero no á mí.

LEOP. ¿Eh? ¿Cómo supuesta? No entiendo.

GERT. Claro: aquí todos somos supuestos; lo mismo Tola que Tula, que Tula que Tola.

EXP. (¿Sigue el lío?)

LEOP. Pero, entendámonos: yo acabo ahora mismo de saber toda la verdad, y he declarado lealmente que renuncio á mi pleito, pero que no puedo ser de usted.

GERT. ¿Y quién le ha dicho á usted que yo quiero que sea usted mío?

EXP. (¡Bendita sea!)

LEOP. Yo... (Confuso.) Como Tula me ha dicho...

GERT. ¿Qué Tula? ¿Pues quién cree usted que soy yo?

LEOP. Doña Mercedes Gorostarzu.

GERT. ¡Já, já, já! ¡Me has dado tu nombre!

MERC. ¡Como usted me dió el suyo!

LEOP. ¡Qué oigo, Dios mío! Luego usted es..

EXP. ¡Doña Mercedes Gorostarzu, majadero!

LEOP. ¡Ah! ¿Cómo podré esperar el perdón? ¡Es imposible! Castígueme usted, deseche mis votos y mi amor; pero, al menos no me mire como su adversario. Desde este momento ha ganado usted su pleito.

GERT. Recurso de casación; porque leo en sus ojos que usted también ha ganado el suyo. (A Leopoldo.)

LEOP. ¿Será verdad?

MERC. Yo también necesito que usted me perdone (A Leopoldo.) por haber llevado tan adelante esta comedia. (Alargándole la mano que él besa.)

LEOP. ¡Ah! ¡Tula!

EXP. ¡Eh! ¿qué es eso de Tula? Tula, esta señorita. (Señalando á Gertrudis.)

GERT. ¡Ay, señorita! ¡Já, já, já! (Leopoldo y Mercedes se sonríen.) ¡Vaya! Voy á dejar de serlo. Hoy es día de todo.—Expedito, ¿me da usted palabra de no echarse á llorar?

EXP. ¿Por qué?

GERT. No aguardo á cumplir los diez lustros. Mande usted hacer mi equipo de boda.

EXP. ¡Ay! ¡que me pongo malo!

GERT. ¿Sí? Pues ya no me caso con usted.

EXP. ¡No, no! ¡Ya estoy bueno! (Gozoso y conmovido.)

GERT. Y ahora (Al público.) los jueces de este respetable Tribunal, me dirán si puedo desempeñar dignamente el cargo de Presidenta del Supremo. (Telón.)

OBRAS DEL MISMO AUTOR

Frasquito, zarzuela en un acto y en prosa, música del maestro Caballero.

Los dos primos, zarzuela en un acto y en verso, música del maestro Caballero.

El galán incógnito, zarzuela en tres actos y en verso, música del maestro Oudrid.

El paciente Job, zarzuela en un acto y en prosa, música del maestro Oudrid.

Cuatro sacristanes, revista bufo-política, en un acto y en verso, original, música del maestro Aceves.

El sobrino de mi tío, comedia en un acto y en verso, arreglada del francés.

Un caballero andante, juguete en un acto y en prosa, arreglada del francés.

El perro del capitán, pasillo cómico, en un acto y en verso, original.

Providencias judiciales, sainete en un acto y en verso, original.

Los baños de Manzanares, sainete en un acto y en verso, original.

A la puerta de la iglesia, sainete en un acto y en verso, original.

La muerte de los cuatro sacristanes, apropósito en un acto, original y en verso.

Una jaula de locos, revista en un acto, original, en prosa y verso, música del maestro Caballero.

Música celestial, parodia del drama *O locura ó santidad*, original, en un acto y en verso.

Café de la libertad, sainete, original, en un acto y en verso.

¡A los toros!, revista tauromaca, original, en dos actos y en verso, música de los maestros Valverde y Chueca.

La función de mi pueblo, cuadro cómico-lírico de costumbres lugareñas, original, en dos actos y en verso, música, de Chueca.

Vega, peluquero, sainete en un acto, original y verso.

En busca de un diputado, revista en dos actos, original y en verso, música de los maestros Caballero, Espino y Rubio.

Acompaño á usted en el sentimiento, cuadro cómico-fúnebre, en un acto y en verso.

La quinta de la Esperanza, ópera bufo-política, en un acto, música arreglada por el maestro Rubio.

«El Rosicler», sociedad de baile, cuadro de costumbres aristocrático-populares, en tres actos, original y en verso.

La canción de la Lola, sainete lírico, en un acto, original y en verso. música de los maestros Valverde y Chueca.

De Jetafe al Paraso ó la familia del tío Maroma, sainete lírico, en dos actos, en prosa y verso, original, música del maestro Barbieri.

Sanguijuelas del Estado, sainete en un acto y en prosa.

La abuela, sainete trágico-realista, en un acto y en verso, original.

Mariquita, comedia en un acto y en prosa, arreglada del francés.

Novillos en Polvoranca ó las hijas de Paco Ternero, sainete lírico, en dos actos, original, música del maestro Barbieri.

Pepa la frescachona ó el colegial desenvuelto, sainete en un acto y en prosa.

Juan Matías el barbero ó la corrida de beneficencia, sainete en dos actos, música del maestro Chapí.

El año pasado por agua, revista en un acto y cuatro cuadros, en verso y prosa, música de los maestros Chueca y Valverde.

A casarse tocan ó la misa á grande orquesta, sainete, original, en un acto, música del maestro Chapí.

Bonitas están las leyes ó la viuda del interfecto, proceso-sainete en dos actos y en prosa, original.

El señor Luis el tumbón ó Despacho de huevos frescos, sainete lírico en un acto, en prosa y verso, original, música del maestro Barbieri.

El tercer aniversario ó la viuda de Napoleón, comedia-sainete en dos actos y en prosa.

La verbena de la Paloma ó el boticario y las chulapas y celos mal reprimidos, sainete lírico en un acto y en prosa, original, música del maestro D. Tomás Bretón.

Al fin se casa la Nieves ó vámonos á la Venta del Grajo, sainete lírico en un acto, dividido en tres cuadros, original, música del maestro D. Tomás Bretón.

Aquí va á haber algo gordo ó la casa de los escándalos, sainete lírico en un acto, original, música del maestro D. Gerónimo Giménez.

Amor engendra desdichas ó el guapo y el feo y verduleras honradas, sainete lírico en un acto y tres cuadros, en prosa y verso, original, música del maestro D. Gerónimo Giménez

El Barón de Tronco-Verde, comedia político-amorosa en dos actos, en prosa y verso, original.

Novillos en Polvoranca ó las hijas de Paco Ternero, sainete lírico-rústico refundido en un acto y cuatro cuadros, en prosa.

La Presidenta del supremo ó ¡Siempre de buen humor comedia en un acto y en prosa, arreglo del francés.

Los ejemplares de esta obra se hallan de venta en todas las librerías.

Será considerado como fraudulento todo ejemplar que carezca del sello de la *Sociedad de Autores Españoles*.